

Fabrizio Copano A LA CONQUISTA de Nueva York



“Mi señora entiende perfectamente lo que estoy haciendo. O sea, también sabe que si yo abandonara esto, y dedicara mi vida a estar con la familia en la casa, los odiaría y me divorciaría”.

Aunque hace siete años vive en el extranjero, en los últimos seis meses todo se ha acelerado: instalado en Nueva York, junto a su mujer gringa y sus tres hijos, Copano está viviendo a tope, con shows todas las noches, a veces hasta cuatro por jornada, y giras por Estados Unidos y otros países, entre ellos Chile, donde se presentará el 11 y el 30 de noviembre. Desde Manhattan, en medio de una rutina en el Comedy Cellar, el club de comedia más importante de la ciudad, el chileno dice: “se siente como estar en la NBA. Aquí están los mejores jugadores”. POR MURIEL ALARCÓN DESDE NUEVA YORK

En Macdougall, una de las calles más transitadas del Village, el barrio bohemio de Manhattan, un grupo de turistas en fila desaparece al introducirse por unas escalinatas al subsuelo. Es la entrada al Comedy Cellar, el club de comedia más importante en Nueva York. En una pizarra a la entrada se anuncian tres shows, en los que se presentarán dieciséis humoristas. El tercero acaba de arrancar. Son las 11:30.

Allí, en un espacio oscuro, los visitantes se sientan apretujados, mirando al mismo escenario que está proyectado en unas pantallas de televisor en el segundo piso del club, donde funciona el Olive Tree Café, del mismo dueño. Es un bar de luces bajas, y en sus mesas del fondo aterrizan los humoristas antes y después del show.

En la barra, el chileno Fabrizio Copano, 34 años, en polerón y pantalón negro, el segundo en este show, pide un té.

“Resfriarse significa que hiciste un buen show. Si la gente está escupiéndolo y riéndose, significa que hiciste un buen show”, dice.

Tiene los ojos brillantes, le pica la garganta y a veces carraspea, pero su voz está intacta. Viene de otro show a unas cuerdas, en el New York Comedy Club. Y antes de eso, de otro en Sacramento, otro en San Francisco, también en Ontario y en Pasadena y Santiago. Solo ayer, a las once de la noche, llegó de Colombia, donde estuvo 24 horas grabando un programa de TV.

El 11 de noviembre se presentará en el Teatro Teletón, el 25, en

Londres y el 26 y 27 en Amsterdam. El 30, estará de vuelta en Santiago, en el Teatro Nescafé.

Hace siete años, Copano vive en el extranjero. Primero en México, luego en LA., hoy en NY. En el pasado fue director de cine, guionista, locutor de TV y de radio, uno de los integrantes precoces del “Club de la Comedia”, el programa de TV y semillero de standperos chilenos. A pesar de su trayectoria siempre multifacética, desde enero, cuando participó del show de James Corden, donde hizo su primer set televisivo en inglés, en un único año, dice, ha vivido lo que a otra vida le tomaría diez. Hace seis meses, calcula, se ha presentado cada noche, a veces, incluso hasta cuatro por jornada. “Pegas grandes, pequeñas, medianas”. El Festival de Viña. “Dos teatros caupolicanos llenos”. Una gira por Chile. La firma con WME, la agencia más importante de talento en el país, en sus inicios la de Charles Chaplin, lo tiene por primera vez embarcado en giras por EE.UU. en inglés. “Voy armando un público gringo, que es lo que más demora”.

En la app Notas de su celular hay varios chistes en potencia, resumidos en conceptos en inglés y en español como:

—“*Aliens always speak in English*: En las películas los aliens siempre hablan en inglés. Es una pregunta no más”.

—“Chat GPT: Siendo supuestamente una máquina que nos va a matar a todos, tiene un nombre demasiado tierno como para ser asesina”.

“Yo creo que la única particularidad que tengo es venir de un país latino que no es feliz, que no es tropical”.

—“Estados Unidos es un país nuevo: pero actúa como si fuera uno viejo. Tiene 200 años, que no es nada, pero actúa como si fuera Europa”.

Este año también montó su productora de eventos y de contenido online, Cardigan, en una oficina en la Quinta con la 32, en Koreatown, donde tiene de vecinos un spa y un restorán coreano. Es en el piso 8, donde habilitó un estudio con cuatro cámaras y tres focos; allí tiene reuniones, graba podcasts y edita programas para YouTube con vista al Empire State.

Ahí está cuando no está con sus tres hijos (el mayor, Nino, de 4 y sus mellizos, Roma y Félix, 5 meses) o con su mujer, vicepresidenta de una productora de TV y de cine, la economista tejana Cristina Garza, o cuando toma el avión o el auto o el transporte que sea y se vuelve a subir al escenario como ahora.

Después de un sorbo de té, dice:

“Como este es el club más importante, intento hacer solo las sandías calás. En otros intento probar material nuevo”.

Copano llegó acá después de que Estee Adoram, la cazatalentos del Cellar, acuñada por The Hollywood Reporter como “la mujer más poderosa del stand-up estadounidense”, lo reclutara, en abril, tal como en el pasado lo hizo con Jon Stewart y Dave Chappelle. A veces la programación cambia, sobre todo cuando llegan famosos como Chappelle y se toman el escenario la noche. “Los shows están bien elegidos, sabes que antes y después de ti hay alguien bueno, la energía está arriba. Los hosts introducen bien a los comediantes, los timings son los correctos. Todo está súper aceitado. Es fácil sentirse cómodo”.

No dice que no tenga de vez en cuando el síndrome del impostor, “pero considero que hago bien lo que hago. Trabajo mucho. Y honestamente está funcionando. O sea, ¿cómo no me voy a sentir seguro si es que las cosas están pasando?”.

Copano dice que ha tenido shows mejores que otros, pero no ha tenido uno malo.

—¿Y cómo lo mide?

—Tres, cuatro risas fuertes.

—¿Hay un promedio de risas que...?

—No es tan Excel... Se siente.

Cuando escucha su nombre a viva voz, el chileno, vaso de plumavit en la mano, se dirige hacia una angosta y larga escalera, desde un costado apenas visible del bar. Llegan ráfagas de risas desde el primer piso. Copano baja seguro, rodeado de los rostros sonrientes de los comediantes más importantes de la historia enmarcados, autografiados y estampados en la pared. Se mimitiza en la oscuridad del subsuelo y salta al escenario, donde el foco lo apunta a él:

“¿Cómo están chicos?”, dice en inglés. “Yo, soy un nuevo papá. Aplaudan los que no tienen hijos”. Todos aplauden, enérgicos. “Oh, el nivel de felicidad de ustedes... Quiero decir, van a morir solos”. Carcajadas.

“Cuando viví en México, siempre traté de mudarme a Estados Unidos. Soy latino, siempre tuve en mente que este era un mejor país que el nuestro. Pero me vine y ustedes votaron por Trump. Gracias por hacerme sentir como en casa”, dice. Más carcajadas. Sigue en inglés:

“Todas las locuras en la administración Trump ya sucedieron en nuestros países hace 50 años. Somos del futuro. Y les puedo decir que se están volviendo más latinos: ¿Cómo es eso que ahora les gusta el fútbol?”

La risa es tan estruendosa que hace temblar el lugar. No hay pistas de su resfrío. En los 13 minutos y treinta segundos que dura su show, la risa es lo único que contagia hasta a los meseros.



La primera vez que supo del Comedy Cellar, Fabrizio Copano tenía 13 años, vivía en La Florida, y les ponía sobrenombres a sus compañeros de colegio.

Fue por “Comedian”, un documental de 2002 que sigue al comediante Jerry Seinfeld por las mismas escaleras del Cellar, mientras prepara su show.

“Yo siempre quise estar acá”, dice Copano, en una de las mesas de la terraza hechiza del club. A veces se escuchan bocinas largas y gritos enérgicos de algún transeúnte sin razón. “Yo sabía que este era el club donde había que estar”.

Copano reconoce que ha tenido momentos en los que ha pensado: “Oh, qué voy a hacer ahora”, dice. “Pero también viene con esa felicidad de objetivo cumplido”.

Es un asumido defensor del “nerdismo de la comedia” y lo revelan rápidamente en la conversación su inspiración adolescente —el libro *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura*, de Woody Allen—, sus lecturas de estos días —*Letterman: The Last Giant of Late Night* y *That’s Not Funny*—, y sus gustos actuales —hace poco se volvió a reír con “El niño” de Charles Chaplin—.

Para un “mateo” de la comedia como él, este era el paso obvio. Y no le teme a este escenario.

“Es la escuela chilena, la de la precariedad de la industria, la que te hace impenetrable. No le tienes miedo a nada porque, ¿qué le vas a tener miedo si (estuviste) en un programa de tele donde te pifian? Esa hueá no existe en el mundo. ¿Crees que estos comediantes han tenido miedo a que los vea más de la mitad del país y fracasar? Acá no existe ese lugar. Después de hacer un show, por ejemplo, el de Corden, yo tenía cero miedo”.

—¿En serio?

—Está perfecto para ti. La gente está ordenada, te está esperando. Es un público de tele. Entienden lo que están viendo. Te introducen bien. Está todo para que funcione. En ciertos lugares en Chile está todo para que no funcione y aun así tienes que hacerlo funcionar.

El miedo lo pasó antes, dice, casi adolescente, al debutar en El Cachafaz, con shows de 40 minutos, junto a Pedro Ruminot y Sergio Freire, cuando se abría camino en una industria que todavía no existía en Chile y que él consolidó.

—Estábamos partiendo. ¿Quién hace 40 minutos? Nadie.

Vendrían Semanas de la chicha, mechonas. Giras por discotecas. Más tarde, el “Club de la Comedia”. De su amigo Felipe Aveillo, agrega, aprendió que en cualquier escenario puede hacer un show, y de cualquier lugar, sacar un chiste. “Mucho gringo no lo tiene, está acostumbrado al club donde el audio está bien, hay aire acondicionado, la gente te mira. Me tocó hacer un show acá y ver que el comediante ni siquiera se subía. Decía: ‘No, no está bien, no se puede hacer’. Yo decía: sí se puede, lo he visto, lo he hecho. Ya estuve en Valparaíso con 2 mil curados y la hueá funciona”.

Copano dice que para él la TV chilena fue su servicio militar: “Es de muy malos tratos o al menos lo fue durante mucho tiempo. No había ni un respeto por los horarios: bueno, nosotros no nos respetábamos porque trabajábamos toda la noche. Nos daba lo mismo”.

—Aceptaban las reglas.

—Aceptábamos todo. Una fábrica gigantesca de contenido que

no termina nunca y que nunca está totalmente satisfecha de lo que haces.

A mediados de la pandemia, Copano dejó atrás L.A., donde vivió cuatro años. "Hice mi curva de aprendizaje allá. Aprendí a hablar en inglés, a estructurar bien los chistes, a entender la industria. Fue bueno pasar piola allá para estar aquí más preparado. Fue más rápido explotar en la escena. Venía con el entrenamiento bajo el brazo", dice. "Descubrí mi inacabable apetito por entender qué hay más allá, qué más se puede hacer, cierta resiliencia casi psicopática diría a entender: 'cómo se puede lograr algo que te dijeron que no se podía'. Muchas veces no lo estaba pasando bien, era muy nuevo, no entendía nada, pero también estaba muy feliz de estar poniéndome en peligro, de estar allá, como: 'estoy intentando algo que todos dicen que van a hacer pero nadie hace'".

—¿Hasta dónde se puede llegar?

—No lo sé. Me gustaría que fuera un lugar donde tenga mucha libertad creativa, poder hacer lo que quiera y tener presupuesto que me lo financie. Pero no sé qué va a pasar.

Copano dice que siempre se ha revelado a que lo encasillen en el grupo de los latinos.

"Cuando me ofrecen el show latino, yo digo 'ponme en el show nomás'. Yo voy a ser latino porque soy quien soy. Porque de ahí uno crece como hacia otra marca, otro tipo de personas y se aleja de lo que uno quiere hacer, que es ser un ser humano divertido por unos minutos", dice. "(Quiero) entender Latinoamérica desde otro lugar y mirar la sociedad norteamericana sin la admiración como sumisa, como quizás antes los latinos lo tenían que hacer".

Quien contribuyó en la idea de una 'latinidad moderna', dice Copano, fue Don Francisco. "Es como un monstruo de 20 cabezas. A pesar de que cada país se parece un poco al otro, también es totalmente distinto. Es un monstruo del que intento siempre escapar, no porque me avergüence, al revés. Es parte de lo que hablo en mi show. Pero sí me parece un poco paternalista la forma en la que intentan crear una comunidad a la fuerza un poco para domarla o para entenderla y poder nuevamente venderle productos con tranquilidad".

El último salto Copano lo dio cuando se vino a NY, donde dice que todo se aceleró. "Y se siente como estar en la NBA. Aquí están los mejores jugadores".

—¿Qué le exige estar donde están los mejores?

—Escribir los mejores chistes que se me ocurran, ser lo más profesional posible con los tiempos y horarios, y seguir empujándome a buscar qué otro tipo de chistes puedo escribir, qué tipo de comediante distinto puedo ser, cuál es el ángulo desde donde estoy mirando la sociedad, qué me hace distinto. Cuando hay tantos, tienes que buscar qué te hace único".

—¿Y cómo se hace único?

—Yo creo que con la única particularidad que tengo, que es venir de un país latino que no es feliz, que no es tropical.



Es entrada la madrugada en NY y Copano emerge por las escaleras del Comedy Cellar y se despidió de la bohemia encapsulada en el bar. Desde el Village, las luces del Empire se ven de varios colores. El humorista camina rápido en dirección al lugar donde estacionó su jeep, y que lo llevará mañana a Philadelphia,

adonde irá por el día. Un ratón se cruza en el camino.

Hoy busca hacer una hora de comedia en inglés, en eso trabaja. Por eso, estos shows dentro de EE.UU.: Para probarla. "Va bien", dice. "Me gusta. Pero obviamente que cuando esté lista, voy a grabarla y voy a venderla a algún streamer o ponerla en Youtube y seguir alimentando la presencia online para tener un público en inglés".

Quiere hacerse un público masivo en EE.UU. Aunque el que tiene le permite viajar, es todavía de nicho. La opción podría ser entrar a la TV o hacerse un nombre en redes sociales. Además le daría mayor estabilidad económica: "Así no (tengo) que depender tanto de Chile". No es que quiera escapar de su país. Siempre va y cuando no, sigue atento "Terapia Chilensis", en Radio Duna, lee literatura de autores chilenos, mantiene un chat por WhatsApp con sus amigos comediantes.

—¿Yo entiendo bien lo que pasa en Chile.

Diría que muchas veces más que gente que está allá", dice. Y agrega: "Chile, además, yo creo que no es un país, es como un estado mental. Uno sale de Chile, pero Chile nunca sale de uno. Yo me siento muy parte de la sociedad chilena".

En el auto, con la radio apagada, deja atrás el ruido de la fiesta del Village. Ya no se queda a tomar. Va al gimnasio todos los días. Intenta comer bien, en un país donde no es la costumbre.

Al volante, kilómetros más allá, se mimetiza con el residencial Upper West Side.

A orilla del Hudson, su barrio tiene pasarelas para mirar la costanera de New Jersey, la versión silenciosa de NY desde el Riverside Park.

Pero le "aburre mucho descansar", admite. "Hay momentos en que hay una fatiga física que me llama a parar o a dormir bien. Ahora es más difícil porque los bebés se despiertan en la noche, uno se levanta y el otro se queda dormido. El más grande tiene hambre o quiere irse a la escuela. Hemos amoldado un sistema que, obviamente, como todo sistema familiar, es muy frágil y si una pieza falta, todo se cae. Pero está andando, está en pie, va a ir mejorándose en el camino y ya lo tenemos".

—¿No le alegran?

—No, para nada, mi señora entiende perfectamente lo que estoy haciendo. O sea, también sabe que si yo abandonara esto, y dedicara mi vida a estar con la familia en la casa, los odiaría y me divorciaría. No va con mi naturaleza.

—¿Nueva York le da los espacios con sus hijos?

—Sí, totalmente.

—¿Más que Chile?

—Nueva York es una gran ciudad para los niños. Está lleno de parques y actividades. A mi hijo (Nino) le enseñan robótica, poesía, ballet, yoga. Es muy estimulante para un niño. Mi hijo sale, abre la puerta y el mundo es fascinante, está lleno el ruido. Simplemente desde un coche por Nueva York se ven



"Todas las locuras en la administración Trump ya sucedieron en nuestros países hace 50 años", dice Copano en su rutina en el Comedy Cellar. "Somos del futuro. Y les puedo decir que se están volviendo más latinos: ¿Cómo es eso que ahora les gusta el fútbol?". El público ríe.

STEPHANI SPINDEL

millones de cosas por segundo.

—¿Le habla en español?

—Sí, pero él habla también inglés perfecto porque en el colegio hablan inglés. Entonces intento que tenga su lado chileno, pero si tuve la posibilidad de vivir y tener hijos acá, quiero que (acudan) al sistema de educación que les provee Manhattan. ¿Cómo voy a comparar eso con ir incluso al mejor colegio de Santiago, donde estarían llenos de prejuicios económicos y tendrían que lidiar con todo lo que significa un colegio en Chile, que al tiro te marca?".

A pesar de terminar las noches con la adrenalina en alto, Copano ha organizado su Google Calendar para que no haya impedimento para llevar a Nino a la escuela a pie. Se levanta a las cinco. No es en las mañanas el único momento en que ve a sus hijos. Antes de salir a trabajar por la noche, pasa las tardes con ellos. Cocina a Nino —él hace de su ayudante— y las guaguas en sus sillas mecedoras los vigilan. Incluso a veces se lleva a Nino de gira, sobre todo a Chile, aunque, por el colegio, es más difícil.

En una luz roja, Copano muestra en la pantalla de su celular una foto de Nino convertido en cazafantasma, con unas cajas de cartón en forma de mochila y alas.

"Obviamente es el más divertido porque está más consciente", dice. "Y baila con la canción de Los Cazafantasmas. Y repite: *I ain't afraid of no ghosts*. Me divierte que tenga obsesiones". S

"Es la escuela chilena, la de la precariedad de la industria, la que te hace impenetrable. No le tienes miedo a nada porque, ¿qué le vas a tener miedo si (estuviste) en un programa de tele donde te pifian?".

ENCUENTROS EL MERCURIO



María Teresa Stuyen y Elena Irrázabal Sánchez

LA IMPORTANCIA DEL OCIO PARA LAS PREGUNTAS ESENCIALES DE LA VIDA

MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE/ 18:30 HORAS / ONLINE

Contar con un tiempo para la contemplación, libre de ocupaciones, es lo único que permite que aparezcan las preguntas sobre el sentido. Por eso, lejos de la pereza o del aburrimiento, el ocio es esencial para la reflexión y el pensamiento humanos. Sobre esto dialogarán la académica María Teresa Stuyen y la periodista Elena Irrázabal.

María Teresa Stuyen: Académica del Instituto de Filosofía y miembro del Centro de investigación Edith Stein de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Ha sido directora-fundadora del Departamento de Filosofía de la UDP y profesora de la Escuela de Psicología de esa universidad, y directora del Departamento de Capacitación de Monitores de talleres para sectores vulnerables en CENFA. Miembro de la Sociedad de Estudios Heideggerianos y de la Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología (ALALITE).

Elena Irrázabal Sánchez: Periodista y licenciada en Información Social en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Subeditora del cuerpo cultural Artes y Letras de El Mercurio y columnista de El Mercurio. Es parte del Comité Editorial del Instituto de Estudios de la Sociedad (IES).

Valores: Socios Club de Lectores \$5.000*/Público General \$10.000

Suscríbese a Encuentros El Mercurio y Acceda a todos los eventos del mes por \$1000 el primer mes y a partir del 2do mes UF 0,21 mensual.

Venta de entradas y suscripción en +562 27536363, Casa Club Santa María 5542. Compra online y más información en <https://encuentros.elmercurio.com/> (El ticket permite ver los Encuentros en vivo o después de la transmisión)

*Para suscribirse a El Mercurio visite www.elmercurio.com